

ENTRE EL ARRAIGO Y LA DIÁSPORA

(UNA MIRADA A LA LITERATURA HAITIANA EN FRANCÉS)

Laura López Morales

Venimos de un país que no termina de hacerse, deshacerse, rehacerse. Cual maratonistas, hemos recorrido cinco siglos de historia, porfiados e inalterables galeotes. Hemos subsistido, perseverado sobre las olas del tiempo, en esta barca pútrida e imputrescible a la vez, degradable y perenne. Nuestra historia es la de una perpetua amenaza de desaparición, desaparición de un paisaje, desaparición de una población: el genocidio de los indios caribes, la gran trashumancia, la esclavitud y, desde la muerte del Emperador, una interminable historia de bandidaje. Nuestra sustancia está tejida de derrotas y descomposiciones. Y sin embargo, atravesamos la duración, el tiempo, aun cuando parezca que el suelo desaparece bajo nuestros pasos. Pese a los vientos y las mareas, pese a este presente de fuego, a este tiempo de tormentos, a esta eternidad en el purgatorio, seguimos sobreviviendo...

Pasajes, Émile Ollivier

Al asomarnos a la literatura haitiana nos damos cuenta de que, al igual que la historia de la isla, sus raíces se hundan en un pasado cuyas principales páginas han sido escritas en medio de la violencia y en las que la presencia extranjera ha jugado un papel determinante. La vocación por la libertad y la necesidad de construir un destino propio se manifiestan desde los

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

primeros brotes de rebeldía encabezados por los esclavos negros; pero, a pesar de haber alcanzado la independencia en 1804, los marcos de referencia en los que se inscribieron las incipientes manifestaciones literarias estuvieron determinados por un Otro ajeno a la identidad auténtica del pueblo haitiano.

Esta lucha lleva, no obstante, la impronta de una voluntad comprometida, y en ese azaroso destino de las invasiones y de los desgarramientos internos, intelectuales, artistas y población en general, se han visto enfrentados a la disyuntiva de proseguir la lucha desde adentro o de resignarse al exilio para preservar su integridad y denunciar desde el exterior las injusticias que se padecen en el interior. Una rápida revisión de los principales hitos en la historia de Haití nos permitirá contextualizar mejor las razones y el precio de ese dilema, así como la huella que este destino ha dejado en la producción literaria.

TELÓN HISTÓRICO: DEL DESCUBRIMIENTO A LA INDEPENDENCIA

Los arahuacos, de temperamento apacible, y los caribes, especialmente feroces,

llegaron a las Antillas antes del año 1000 de nuestra era, procedentes de las costas del norte de América del sur. Sustratos de pueblos amerindios que se desplazaron desde tierras continentales hacia el archipiélago, estos grupos pelearon, en diferentes momentos, por la supremacía en las islas, de suerte que a la llegada de Colón en 1492, Haití, una de las Antillas Mayores, estaba poblada únicamente por arahuacos, mejor conocidos como “taínos” (hombre de bien, amigo). La pugna entre estos grupos aborígenes quedó consignada muy tempranamente por Niccola Syllacius¹ en 1495:

Las islas exploradas durante la navegación del año anterior están sujetas a las incursiones de los caníbales de los que muy a menudo basta con uno o dos para poner en jaque a una tropa de indios [...] sostienen guerras continuas en contra de indios temerosos y de suaves costumbres...

A esta página precolombina, siguieron otras que mencionaremos sólo a manera de señales en una historia que, por supuesto, no ha acabado de escribirse. Después de tocar tierra en las Bahamas y en Cuba, Colón desembarcó el 6 de diciembre de 1492 en la isla vecina, que bautizó primero con el nombre de Hispaniola y luego como Santo Domingo. El territorio estaba poblado, según ciertas estimaciones,² por entre medio millón y tres millones de habitantes, repartidos en cinco cacicazgos o reinos de arahuacos o taínos. Los caribes, ya se dijo, eran gru-

pos antropófagos que sólo tenían algunos reductos desde los cuales emprendían sus incursiones hacia las demás islas.

Al año siguiente, el genovés regresó a la isla con 500 personas; pero en 1494 la bula del papa Alejandro VI destinada a repartir los territorios del Nuevo Mundo entre españoles y portugueses³ dividió la isla en dos, y una mitad quedó en posesión de los primeros. Un año antes de la llegada de los primeros esclavos africanos en 1503, Nicolás de Ovando capturó y ejecutó a la reina Anacaona y a su esposo Caonabo, líder de la resistencia arahuaca.⁴ La mano de obra sustituta trataba de resolver la progresiva desaparición de los aborígenes provocada por la dureza del trabajo y por la represión. Sin embargo, desde 1522 empezaron a registrarse brotes de rebeldía entre los negros, como el producido en las plantaciones de don Diego, hijo de Colón.

A partir de 1625, ante el abandono de los españoles, los filibusteros franceses refugiados en la isla de la Tortuga, al norte de Haití, ocuparon poco a poco Santo Domingo; pero en 1641 las pretensiones francesas en la región se oficializaron con la llegada del enviado del Rey: Le Vasseur

³ Tratado de Tordesillas firmado el 7 de junio de 1494.

⁴ Jean-Marie Drot, (*Haití Quinientos años de historia*, 1997, p.29). Además de esta pareja real que gobernaba el cacicazgo de Xaragua, Jean Métellus menciona a Cotubanama, cacique de Higüey, víctima del mismo destino a manos de los colonizadores (“Écrire l’histoire”, 1989, p. 3). Métellus, poeta y dramaturgo haitiano exiliado en Suiza, escribió una pieza teatral en torno al personaje de Anacaona que junto con su esposo fueron crucificados y quemados vivos por los compañeros de Colón en 1502. Tras el exterminio casi total de las poblaciones aborígenes, en la memoria colectiva estas dos figuras son consideradas como los primeros héroes de la historia haitiana.

¹ Citado por Pierre Pluchon, *De insulis medirían atque indici maris nuper inentis*, 1982, p. 37

² Ver Jean-François Hoffmann, *Littérature d’Haiti*, 1995, p.11.

de la Touche, Comandante de la Tortuga y de Costa de Santo Domingo. Al año siguiente, Luis XIII autorizó la trata negra y la esclavitud en las islas. A petición de los oficiales de “nuestras islas de la América”, Luis XIV promulgó en 1685 el “Código Negro” para regir la condición de los esclavos y sus relaciones tanto con los amos como con la administración real. No fue sino doce años más tarde, en 1697, cuando España reconoció oficialmente a Francia la posesión de la parte oeste de la isla.

A partir de 1724, esta colonia francesa registró un desarrollo espectacular: en poco tiempo el 50 % del comercio mundial de azúcar dependía de Santo Domingo, pero las riquezas provenían igualmente del café, de las maderas finas, del algodón, de los cueros y del índigo. Los puertos franceses del Atlántico prosperaron gracias a esta actividad mercantil y muchas familias de la nobleza francesa tenían propiedades en la isla gracias a las alianzas con algunos de los colonos que allí habían hecho fortuna.

Para darse una idea de lo que fue el auge económico de esos años, baste mencionar que uno de cada ocho franceses vivía, directa o indirectamente, de los ingresos de la isla. La prosperidad de la colonia se tradujo para los colonos y, en cierta forma, para los esclavos libertos, en la consolidación de una vida social que incluía diversas manifestaciones culturales.

Imposible pasar por alto la mención de tres personajes clave en esta fase previa a la guerra de emancipación, que contribuyeron al surgimiento de una identidad nacional y cuya repercusión dejó ecos en

⁵ A título de ejemplo, el escritor martiniqués Aimé Césaire publicó en 1961 un ensayo sobre el

la literatura.⁵ En primer término, evoquemos a François Makandal,⁶ esclavo cimarrón que encabezó durante más de cuatro años una serie de revueltas y campañas de terror contra las tropas reales. Hábil en esquivar las emboscadas, organizó operaciones de envenenamiento entre los colonos de las plantaciones; pero en 1758 fue traicionado y condenado a la hoguera en la plaza de la catedral de Cap-Haïtien.

Siguiendo las huellas de Makandal, Boukman, “un houngan o sacerdote vudú de gran estatura y fuerza hercúlea” que ejercía un poder casi prodigioso sobre los esclavos que lo conocían, organizó, el 14 de agosto de 1791, la célebre ceremonia de Bois-Caïman que, en el imaginario colectivo, marca el nacimiento de la identidad haitiana. Por último, la figura más conocida y trascendente es sin duda Toussaint Louverture,⁷ cuyo papel fue determinante en el proceso que condujo a Haití a la Independencia.

caudillo de la revolución haitiana: *Toussaint-Louverture: La révolution française et le problème colonial*, (Présence Africaine). Por su parte, en *El siglo de las lucas*, (1961, Barral Editores), Alejo Carpentier recoge parte de las hazañas de este héroe antillano.

⁶ Según Drot, Makandal era un musulmán de Guinea, probablemente un *marabout*.

⁷ Figura capital en la historia haitiana, Toussaint-Louverture (1743-1803), deja de ser esclavo en 1776, se enrola en el ejército español que ocupaba la otra mitad de la isla y emprende la invasión de la colonia francesa. En 1794 se une con sus hombres a la milicia francesa oponiéndose a la política del Directorio y del Consulado. A la cabeza de cuarenta mil soldados y apoyado por Dessalines y Christophe decide unificar la isla y emprende una guerra antiesclavista y libertaria frente a la autoridad francesa. En 1802 es arrestado y encarcelado en el fuerte Joux (Doubs), donde muere un año después.

LOS PIONEROS: SURGIMIENTO DE LA LITERATURA

La opción de haber esbozado un telón histórico como fondo de nuestros comentarios obedece a que, de manera muy marcada, los diferentes eslabones de la historia del pueblo haitiano han suscitado una toma de posición palpable desde sus primeros escritos. El surgimiento de la literatura antillana en francés se registró en Haití desde la segunda mitad del siglo XVIII si tomamos en cuenta que la primera sala de teatro inaugurada en Puerto Príncipe data de 1762, con un cupo para 750 espectadores.

Según Cornevin,⁸ la participación de los mulatos en la promoción y realización de las actividades teatrales durante la colonia revistió gran importancia. Es más, desde temprana época, el interés por los temas relacionados con la política fue patente. En 1794, se presenta una obra cuyo autor se desconoce: *La liberté générale ou les colons à Paris*; la fecha de esta puesta en escena es por demás reveladora de la atmósfera que se respiraba a la sazón en la isla. Diez años después, Haití se sacudió el yugo colonial; a partir de entonces y casi hasta nuestros días algunos de los temas recurrentes en la producción dramática haitiana se relacionan con la historia, con las guerras de independencias y con las figuras que destacaron en ellas, como el ya citado Toussaint-Louverture. Este dato resulta clave para sustentar nuestra afirmación de que la literatura haitiana es, por definición, una literatura militante desde el principio.

Hecha la mención de que las primeras manifestaciones literarias formales fueron sobre todo teatrales, es preciso subrayar que 1804, año de la independencia, constituyó un parteaguas no sólo en términos políticos y sociales, sino culturales en general. La literatura no podía menos que reflejar el impacto de tales cambios y durante las primeras décadas de vida libre se respiró un ambiente propicio para una intensa actividad en la que, por supuesto, la influencia metropolitana todavía era muy sensible.

Sin embargo, las posteriores dictaduras locales y ocupaciones extranjeras afectaron el nivel socio-económico de la población y la vida cultural sufrió los efectos de las crisis políticas. Las masas permanecieron al margen de la educación y, por ende, del aprendizaje de la lengua francesa. Dado que el 80 % de la población sólo hablaba *créole*, la educación en francés resultaba totalmente inadecuada en esa realidad. El esquema es claro: por un lado, una cultura francófona reservada a una pequeña elite y, por el otro, la masa analfabeta marginada de ese mundo. Aunque no sea el centro de nuestros comentarios, conviene señalar que esta situación dio lugar, tiempo después, al surgimiento y auge de la literatura propiamente *créole*.

La atención prestada a las modas literarias francesas no impidió que, desde los primeros años de la vida independiente, algunos intelectuales haitianos cuestionaran, la validez de los modelos impuestos por la metrópoli. Los escritores de *La Ronde*⁹ buscaron nuevas formas de

⁸ Robert Cornevin, *Le théâtre haitien, des origines à nos jours*, Leméac, 1973.

⁹ Periódico fundado en 1985 principalmente por tres escritores que se habían distinguido por sus claras posiciones a favor de los valores identitarios haitianos. Louis-Joseph Janvier había publicado

expresión que valorizaran la realidad y el patrimonio cultural haitianos. La poesía siguió practicando la imitación, pero la narrativa empezó a ensayar caminos más individualizados. Un siglo después de haber alcanzado la independencia, la ocupación estadounidense iniciada en 1904 representó una amenaza de penetración ideológica ante la que algunos intelectuales reaccionaron con el llamado “movimiento indigenista” encabezado, entre 1915 y 1940, por Jean Price-Mars (1876-1969) y Jacques Roumain (1907-1944). Éste fue el verdadero fermento de la literatura no sólo haitiana sino de las demás posesiones francesas en el Caribe.

Hasta una cierta época, la casi totalidad de los intelectuales haitianos, y entre ellos los escritores, pertenecía, como se dijo, a las clases dirigentes. Esta situación explicaba que entre pares reinara un recelo por las posibles críticas que podrían manifestarse ante posiciones contrarias a las políticas aplicadas. De allí se desprendía también la inevitable autocensura practicada por la mayoría pues, como se sabe, desde la Independencia hasta la actualidad, no han sido pocos los intelectuales que acabaron en la cárcel o tuvieron que optar por el exilio. Otros simplemente fueron eliminados.

Desde sus inicios, la producción literaria persiguió de manera clara crear un sentimiento nacional y nacionalista en sus lectores, aun cuando éstos representaran un segmento muy reducido de la población. Muchos de los textos de esa época

destacan por su carácter patriótico y polémico pues había que afirmar la conciencia de pertenencia a la nueva república para descartar cualquier intento de las tropas francesas por recuperar la antigua posesión.

Durante todo ese siglo se desarrollaron diversas tendencias, sobre todo poéticas, que asumían bajo el mismo aliento del romanticismo posiciones patrióticas o bien de abierta francofilia, pues no hay que perder de vista que buena parte de la elite intelectual que tomó las riendas de la joven nación se había formado en Francia. Por otra parte, de manera paradójica, la simpatía por lo francés que, en un momento dado, fue percibida como contraria a la construcción de una identidad nacional, sirvió de parapeto intelectual cuando la invasión norteamericana. Dantès Bellegarde (1877-1966) escribe unos años después de la llegada de los marines de Estados Unidos: “Francia ocupa en nuestros corazones un lugar que nadie puede quitarle. Estamos unidos a ella por la sangre y por la lengua” (Hoffmann, 1995: 105).

Sin embargo, desde fines del XIX las posiciones de los intelectuales empezaron a decantarse de manera más radical pues junto a aquellos que trataban de reivindicar las raíces negras del pueblo haitiano y con ello las manifestaciones auténticas de la cultura popular, otros grupos elitistas ostentaron un verdadero desprecio por la masa mayoritariamente de origen africano. Poetas como Alibée Fleury (¿?) y Tertullien Guilbaud (1856-1939) expresaron sin rodeos su convicción de que el pueblo debía permanecer en el estado de atraso y pobreza en que vivía y, por ello, se esmeraron en alertarlo frente a “los

Haiti aux Haïtiens y L'égalité des races (1884), Anténor Firmin, hacía lo propio en *De l'égalité des races humaines* (1885) y Hannibal Price con *De la réhabilitation de la race Noire par la République d'Haïti* (1889).

peligrosos agitadores” que lo incitaban a reclamar el derecho al voto.

LETRAS COMPROMETIDAS

El surgimiento del movimiento indigenista sirvió para poner en evidencia a esos intelectuales francófilos que defendían sólo de palabra la filosofía libertaria de un Víctor Hugo pero, en la práctica, hacían todo por preservar sus privilegios frente a un pueblo que consideraban ignorante, burdo y sin aspiraciones. Independientemente de los estilos y tendencias particulares, al cabo de una centuria la literatura haitiana ya contaba con un acervo propio. Al analizarlo, tanto los críticos locales como los estudiosos extranjeros concuerdan en que la característica más palpable de estas creaciones es su voluntad de compromiso con una causa, la causa del país.

Así entendemos las palabras de Duraciné Valal (1879-1952): “El rasgo esencial que caracteriza a nuestra literatura en sus múltiples manifestaciones, es que constituye una literatura militante, una literatura de acción. Nuestros escritos diversos son más bien *actos de hombres que obras literarias* propiamente dichas”.¹⁰ Otro crítico español abunda en la misma idea, en los siguientes términos: “Resultaría vano buscar en la literatura haitiana la creación pura; se trata de una literatura de combate, una reacción contra el presente, una exaltación del pasado, de la patria y de la raza que padece continuamente el contragolpe de los sucesos políticos”.¹¹

¹⁰ Jean-François Hoffmann, *op. cit.*, p.43.

¹¹ *Loc. cit.*

Ante la imposibilidad de detallar las etapas identificables en la construcción de una literatura nacional, tendremos que limitarnos a mencionar sólo algunas de las obras o escritores más determinantes. La poesía fue un género que gozó de gran aceptación y, en efecto, la lista de poetas decimonónicos es muy extensa.¹² En contraste, la literatura narrativa fue menos practicada. Los escritos pioneros dignos de mención se debieron a la pluma de Ignace Nau (1808-1845).¹³

Verdadero innovador, Ignace fue el primero en incursionar en el terreno de la imaginación en prosa con tres novelas en las que, además del contexto histórico en el que sitúa la acción (que es el de la Revolución), introdujo claros elementos de ficción. Podría decirse que estamos ante esbozos de novela histórica; pero tal vez la verdadera originalidad de éstos y otros textos de Ignace Nau estriba en la introducción de elementos pertenecientes a la realidad y a la cultura locales. La obra de este autor constituyó el claro antecedente de *Stella* (1859), de Éméric Bergeaud (1818-1858) y de *Deux amours* (1895), de Amédée Brun (1868-¿?), novelas que se inscriben netamente en la narrativa histórica y que ahondan en la preocupación de su precursor por poner en escena situaciones y personajes de la realidad haitiana.

¹² Pompée Valentin, Hérard Dumesle, François Romain Lhérisson, Massillon Coicou, Anténor Firmin, Etzer Vilaire, Oswald Durand, Seymour Pradel, Georges Sylvain, Émile Roumer, por citar a algunos.

¹³ Hermano menor de Émile Nau, historiador y periodista que fue el primero en escribir una *Historia de los caciques de Haití* en la que reivindica la gloria de los habitantes originarios de la isla.

Sobre esta base, el denominador común de la producción literaria posterior fue la búsqueda de la autenticidad en la temática, sin por ello perder de vista que la lengua de expresión no era forzosamente la hablada por el pueblo, como constatamos en la siguiente declaración de Louis Morpeau (1786-1861), crítico literario haitiano: “Si nuestra literatura nacional es una creación continua, que esta lengua que nos legaron dos siglos de dominación francesa [...] nos sirva para expresar sin duda sentimientos humanos generales, pero sobre todo para pintar la existencia haitiana en su verdad”.¹⁴

En efecto, algo que pronto se convirtió en parte medular del movimiento indigenista, tanto desde la perspectiva ideológica como literaria y que, al escoger los temas de sus obras, ya se encontraba presente en estos pioneros fue la necesidad de inspirarse en la vida, las costumbres, las creencias, las tradiciones nacionales. La reivindicación de la pertenencia a una raza y a una cultura traducía claramente la voluntad de arraigo a una tierra cuya historia era la matriz de su identidad.

Tras los balbuceos iniciales, la producción literaria del siglo XX y del actual en los diversos géneros, destaca por su abundancia y, a menudo, por su originalidad en virtud de un progresivo desprendimiento de los modelos franceses. Uno de los pilares de la novela indigenista, considerado por muchos como la verdadera Biblia del movimiento, fue el ensayo de Jean Price-Mars *Ainsi parla l’Oncle* (1928), en el que el autor defiende “esa inflexible voluntad de sacar partido de la materia

haitiana para la edificación de la obra de arte”.¹⁵ Mencionemos también como novela clave de una tradición en construcción *Gouverneurs de la Rosée* (1944) de Jacques Roumain.

LA PAZ AMERICANA Y EL NACIONALISMO INDIGENISTA

En 1908 el dictador Nord Alexis fue derrocado, pero tras su caída se sucedieron en un breve lapso siete presidentes y la anarquía se apoderó del país hasta que en 1915 arribaron los marines estadounidenses. La novela nacional se había agotado y la relativa paz que se respiró con la presencia extranjera, si bien se tradujo en una relativa estabilidad económica y social, significó para las clases intelectuales un régimen de vergüenza.

Durante los años de la ocupación norteamericana (1915-1934), el sentimiento patriótico se exacerbó y las obras inspiradas en este episodio de opresión, independientemente de su calidad literaria objetiva, son un elocuente testimonio de la mentalidad colectiva del pueblo haitiano víctima de la dominación extranjera. En un primer momento, la reacción provocada por tal afrenta condujo a una parte de esta clase a reivindicar la ideología libertaria francesa para combatir la vergüenza de la ocupación.

Otros intelectuales decidieron hacer una revisión más crítica de los presupuestos ideológicos subyacentes a la degradación del país y, en tal sentido, entendieron que la búsqueda de la autenticidad no podía limitarse a una cuestión estética sino que cualquier reivindicación de una genuina identidad cultural tenía obligatoriamente implicaciones políticas. En el terreno de

¹⁴ Hoffmann, *op. cit.*, p. 114.

¹⁵ *Ibid.*, p. 127.

la literatura, los escritores se esmeraron en recurrir a nuevos temas y formas de expresión que tradujeran su “haitianidad”, voluntad manifiesta en la creación de *La Revue indigène*, cuyo primer número apareció en julio de 1927. Pese a que esta publicación sólo alcanzó cinco números, los historiadores de la literatura haitiana coinciden en considerarla un parteaguas decisivo en la evolución posterior no sólo de las letras sino del pensamiento entre los intelectuales de Haití.

Subrayemos tres rasgos importantes por los que los colaboradores de esta publicación marcaron un giro tan radical en el desarrollo de la actividad literaria e intelectual: en primer término el reconocimiento de las raíces africanas, en segundo el de la herencia francesa y, por último, la necesidad de acercarse al patrimonio cultural y literario latinoamericano. Habiendo tomado conciencia de lo anterior, no pasó mucho tiempo antes de que los escritores haitianos empezaran a producir obras claramente originales. Este momento, en el que la escuela indigenista empezó por reivindicar los vínculos con África, antecedió o coincidió con las primeras manifestaciones de lo que más tarde se consolidó como la Negritud. No obstante, las implicaciones ideológicas que posteriormente asumió este movimiento, suscitaron posiciones divergentes entre africanos y antillanos y de éstos entre sí. Lo que en nuestro caso importa retener de esta trascendente etapa es el rescate de una filiación ocultada y la valorización de unas raíces culturales y raciales vivas en la realidad del pueblo.

A este respecto, conviene apuntar que entre los diversos avatares asociados a la Negritud, un concurso de circunstancias inherentes a la situación específica de Hai-

tí desembocó a mediano plazo en la terrible pesadilla de la dictadura duvalierista. Resumiremos los datos esenciales de este periodo con el fin de entender las razones de fondo de lo que desencadenó no sólo la infame cadena de atrocidades contra un pueblo inocente, sino la salida masiva de haitianos que prefirieron el exilio a vivir bajo un régimen de terror y que representó una verdadera sangría intelectual y artística.

Por un lado, tras la partida de los marines estadounidenses en 1934, el presidente Sténio Vincent, quien negoció con el presidente Roosevelt la desocupación y por ello era considerado como “el segundo libertador de Haití”, tuvo como sucesor a Élie Lescot, célebre por su política reaccionaria en favor de los mulatos y en detrimento de los negros a quienes atacó en uno de los puntos más sensibles: la práctica del vudú.

Los grupos progresistas y nacionalistas tomaron muy a mal estas campañas y en 1946 Lescot fue depuesto. Entre los militantes más activos en las filas de la oposición se encontraban figuras de la talla de Jacques-Stéphen Alexis (1890-1963) y de René Depestre (1926...). Un año antes, Alexis y Depestre habían fundado la revista *La Ruche* en cuyas páginas, marcadas por el “espíritu de rebelión”, no se escatimaron los ataques a Lescot. El senado nombró en su lugar a Dumarsais Estimé quien no logró conciliar ni responder a las expectativas de la derecha ni de la izquierda y, a su vez, fue destituido en 1950 por un golpe de estado que llevó al poder al coronel Paul Magloire.

Entre tanto, François Duvalier (1907-1971), gracias a su formación como médico, había venido construyendo su carrera en el espacio político al ocupar la carte-

ra de Salud y del Trabajo durante el régimen de Estimé. Pero sobre todo, contagiado por el entusiasmo del indigenismo y por los postulados de la Negritud, se creyó etnólogo (no titubeó en sustituir a Jacques Roumain en la dirección de la Oficina de Etnología) y hasta poeta de este movimiento.

Entre 1938 y 1950, encabezó un grupo literario bautizado como la “Escuela Histórico-cultural: Los Griots” que publicó una revista con el mismo nombre. La doctrina del grupo se identificaba con la defensa de las clases negras desfavorecidas que, desde la perspectiva racista que animaba a Los Griots equivalía a una ideología “antimulata”. A final de cuentas, fue este aspecto el que se convirtió en el detonador de la política de terror practicada por los “tontons macoutes”, una vez que Duvalier subió al poder en 1957. Aunque “Los Griots” decían compartir las ideas postuladas por Price-Mars acerca del indigenismo así como las de la Negritud, la versión del duvalierismo resultó ser una verdadera perversión de tales planteamientos ideológicos. Depestre formula en términos por demás claros la situación:

El concepto de *negritud* siguió en la mente desquiciada de Duvalier la misma trayectoria aberrante que el socialismo había tomado en el cerebro de Hitler. En el nazismo de este último, encontramos la misma inversión criminal de los valores. Nazismo y papadocracia son técnicas de opresión absoluta...¹⁶

El caso es que con esta doctrina como programa de gobierno se procedió a una cacería de brujas contra todos los mulatos y “los negros asimilados”, como en las san-

¹⁶ *Ibid.*, p.180.

grientas “vísperas de Jérémie”, en 1964, en las que se asesinó a más de un centenar de mulatos, incluyendo mujeres, ancianos y niños. So pretexto de revalorizar la cultura africana y al verdadero pueblo haitiano, se desató una violenta y agresiva campaña en contra de todos aquellos que se opusieran a tal política. Y con esto se inauguró la dolorosa página de la diáspora a la que se vieron condenados quienes no aceptaron la dictadura, y la no menos lastimosa de los que, pese a todo, optaron por quedarse.

EL CAMINO DEL EXILIO

A partir de la dictadura de Papa Doc, durante tres décadas más los años que su hijo, Baby Doc, prolongó la represión, la mayoría de la producción literaria haitiana de calidad fue publicada en el extranjero. Lo que al principio se presentó como un exilio temporal acabó siendo un verdadero movimiento de emigración que tomó diferentes destinos: Canadá, Estados Unidos, las Antillas, Europa e incluso África.

Las razones de esta dolorosa partida fueron de diferente índole: lo mismo ideológicas que políticas o simplemente económicas debido al estancamiento y degradación de la vida en la isla. Lo más grave de este fenómeno fue que los contingentes que lograron emigrar estaban integrados por lo más granado de las clases intelectuales y profesionales, por artistas, académicos, técnicos y hombres de negocios. Pero también salieron muchos de los más desheredados: obreros y campesinos con frecuencia recurrieron, y siguen haciéndolo, a la riesgosa solución de frági-

les embarcaciones que nunca llegan a buen puerto.

En dos de sus novelas *Mère-Solitude* (1983) y *Passages* (1991), Émile Ollivier (1940-2005) narra la tragedia de seres que encuentran la muerte en la trágica y desesperada huida de la isla natal a bordo de barcas no previstas para largas travesías. El relato del naufragio de “La Caminante” nos enfrenta más que a un episodio de ficción, digno de una novela de aventuras, al terrible testimonio de sobrevivientes impotentes ante el desastre de sus hermanos:

A la altura del canal de Los Vientos, un fuerte balanceo sacudió violentamente el casco de *La Caminante* y nos arrancó de nuestro sueño profundo. [...] En la cubierta, los hombres azotados por andanadas de olas, luchaban contra las velas infladas de viento. Pasaban mil trabajos para mantenerse en pie, se aferraban a todo cuanto les parecía ofrecer resistencia, para evitar ser lanzados por la borda. [...] Los hombres se aferraban con todas sus fuerzas, luchaban contra el mar en furia. *La Caminante* se erguía por encima de las crestas luego caía y volvía a caer en el hueco de las olas. El casco crujía, se abría. [...] El espectáculo que presencié me congeló de espanto.¹⁷

Gracias a una travesía no tan funesta, muchos haitianos han podido refugiarse en otras tierras. La lista de escritores de primer orden que optaron por la solución del exilio es interminable. Sólo evocaré algunos de los más renombrados que acabaron, en ciertos casos, por domiciliarse definitivamente en el extranjero. Después de

la caída del régimen duvalierista, otros no descartaron la posibilidad de regresar de visita o a pasar sus últimos días en su patria. Entre los nombres dignos de mención, además del ya citado Émile Ollivier, están Jacques-Stéphen Alexis (1890-1963), René Depestre, Jean Métellus (1937...), Anthony Phelps (1928...), Marie Chauvet (1916-1973), Gérard Étienne (1936...), Roger Dorsinville (1911-1992), Dany Laferrière (1953...), Jean-Claude Charles (1949...) y tantos otros que resultaría largo enlistar.

Ahora bien, por dolorosa que haya sido la experiencia del desarraigo a la que se enfrentaron éstos y los demás haitianos anónimos inscritos en la diáspora, quienes, por cierto menos numerosos, optaron por quedarse a pesar del infierno de la vida en la isla, dieron muestra de un valor a prueba de todo y, en condiciones por demás riesgosas y precarias, buscaron la manera de no abandonar la creación literaria. Varios de ellos han escrito directamente en *créole* y, con ello, contribuido al desarrollo de la literatura en esa lengua. Émile Roumer (1903-1988), Jean-Claude Figolé (1941...), Frankétienne (1936...), Gary Victor (1958...) y otros, figuran entre los que decidieron permanecer en su tierra.

Antes de concluir, conviene señalar que la diáspora no dejó de producir ciertos efectos en la creación literaria de origen haitiano; entre ellos destaca el ensanchamiento y diversificación de la temática abordada. En efecto, aunque la mayoría de los autores exiliados siguió inspirándose en temas vinculados con la tierra natal en los que se respira una profunda nostalgia, muy pronto, la experiencia de la inmigración impuso una gama más amplia de preocupaciones inherentes al proceso de adaptación al nuevo contexto. Para quienes emigraron a latitudes de

¹⁷ Émile Ollivier, *Pasajes*, 2002, pp.141-142.

climas extremos, uno de los primeros retos consistió en enfrentar condiciones que obligan al encierro.

Además, el desconocimiento de los códigos interpersonales vigentes en la sociedad receptora refuerza el sentimiento de desprotección que se experimenta ante la hostilidad climática. Varios autores han evocado en sus obras las vicisitudes vividas en esos periodos de adaptación a un nuevo entorno humano y geográfico. Sin embargo, aunque dicho proceso opera una serie de presiones sociales debidas a la situación marginal de todo inmigrante, también es cierto que el exiliado experimenta un sentimiento de liberación en cuanto a la ausencia de censura.

En estas condiciones, la intensidad y calidad de la nueva producción de estos escritores se traduce en la búsqueda de otros canales de expresión como serán la publicación de números especiales en revistas literarias y de crítica, la participación en grupos de discusión y en seminarios especializados que, por lo demás, han propiciado la revisión de los esquemas heredados y la toma de conciencia de sus verdaderas apuestas tanto intelectuales como sociales. De allí surge una literatura rica y propositiva por sus temas y formas, que desafía las contingencias a

las que se ve expuesta, pero sobre todo que se afirma por su vitalidad y que, sin lugar a dudas, ocupa un sitio de primer orden en el escenario de las actuales letras francófonas del Caribe y de la literatura universal. ■

BIBLIOGRAFÍA

- Cornevin, Robert (1973) *Le théâtre haïtien des origines à nos jours*, Ottawa, Leméac (Collection Caraïbes).
- Drot, Jean-Marie (1997) *Haïti: 500 ans d'histoire*, Rome, Diagonale/Union Latine.
- Hoffmann, Léon-François (1995) *Littérature d'Haïti*, Histoire Littéraire de la Francophonie, Paris, EDICEF/AUPELF.
- Marty, Anne (2000) *Haïti en littérature*. Prol. Régis Antoine, Paris, La Flèche du Temps-Maisonneuve& Larose.
- Ollivier, Émile (2002) *Passages*, Montréal, Éditions Typo (Collection Roman núm. 157).
- Métellus, Jean (1986) *Anacaona* (théâtre), Paris, Hatier (Collection Monde Noir Poche núm. 38).
- Pluchon, Pierre (1982) *Histoire des Antilles et de la Guyane, Martinique, Guadeloupe, Haïti et Guyane*, Toulouse, Privat.